

ACTUALIDAD DEL ARTE ROMANICO

La captación del arte románico adquiere preponderancia extraordinaria en los momentos actuales dentro del panorama de los valores humanos expresivos. La inquieta sensibilidad del hombre de hoy que huye del verismo naturalista para adentrarse por los derroteros que se deslizan hacia la abstracción, se siente, en cierto modo, seducido ante los valores estéticos que emanan de un arte sincero y altamente emotivo que supo brotar de la materia no mixtificada en su lenguaje de expresión.

Quizá todavía esta seducción estriba solo en la presencia del hecho, en su mera contingencia externa, como realidad lograda en las honduras del medioevo. *Y así sorprende por el impacto que produce en su contemplación después de una larga carrera sucesiva de estilos de arte, iniciada aun antes del renacimiento, que vino á acabar con todos disgregándose en la disasociación individualista. Cautiva por el redescubrimiento que las nuevas generaciones presenciaban frente a la conciencia erudita que lo reincorpora al tesoro de transmisiones de los valores estéticos. Se reaviva en el sentido innato del pueblo que se había conformado plenamente con él durante largos siglos y ante un legado que, en gran parte, nos ha sido transmitido por las generaciones.*

Quien profundice empero en la razón de ser del arte románico descubre, con análisis más detenido, la íntima trascendencia que contiene. Percibe la fuerza vital que arranca de su material expresivo y, al mismo tiempo, logra penetrar el grado intensivo de sujeción de la forma que se anonada en la inmaterialización, idónea para crear el clima sobrenatural en el que la idea abstracta se reduce a símbolo o alegoría ante la percepción sensitiva.

Pero, más que en el gran arte románico de formas cuidadas y perfectas, mejor todavía que en los monumentos con los que se expresa la cultura europea del siglo XII en su uniformidad de concepto, aun a pesar de las sublimes creaciones del estilo y de sus formas decorativas, aquella percepción palpita con más fuerza ante los monumentos que le precedieron en el curso del siglo XI, impregnados por la lucha en la concreción de las formas y por la multitud de ensayos anónimos que permitieron la consecución de su mayor plenitud.

Es durante este largo período de gestación cuando las corrientes de culturas diversas tendieron a amalgamarse, y al depurarse en la selección de sus elementos, crecieron y se fortalecieron las estructuras austeras y robustas de un mundo perenne que se construía en el vigor de los pueblos, al afianzar su existencia, informados por el espíritu que infundió los grandes ideales que culminaron en la edad media, como eco de una sociedad vinculada a la tierra que la sustentaba. Los castillos que la defendían, los monasterios que centraban el espíritu religioso y las infinitas iglesias que lo fijaron por doquiera hasta los lugares más ásperos, consti-

tuían un mundo en el que, siendo el dinero sólo un valor ideal de transacción, se aprendía a través del cambio comercial en especie, la medida del trueque de lo terreno por lo sobrenatural.

En el arte románico pirenaico es donde es posible dar en la actualidad con uno de los contingentes más impresionantes que reflejan este espíritu de gestación. Y dentro de su intensidad cabe reconocer que uno de los centros de mayor actividad e importancia coincide con el territorio del viejo condado de Ausona y de sus comarcas limítrofes. Repoblado inicialmente desde últimos del siglo IX con la restauración de la Sede de Vich, el establecimiento de sus iglesias como el de sus castillos, tuvo que emprenderse en un ambiente de precaria economía y casi de improvisación momentánea, en cuanto pudo permitirlo el asentamiento de la población rural. Las construcciones efímeras y endebles que fueron su resultado tuvieron que ser substituídas luego que la consolidación y la seguridad interior coincidieron con un período de auge económico, logrado a principios del siglo XI que se sincronizó con el patriarcado espiritual del obispo Oliba.

Este gran informador del primer espíritu del Cluny que produjo el renuevo monástico desde sus abadías de Ripoll y de Cuixá, al ser elevado a la Sede de Vich, se transformó en el adalid de la reforma litúrgica extensiva, a su diócesis e incitada en las restantes, tanto más profunda que ella, en realidad, informó la nueva manera de ser de la arquitectura de las iglesias.

Un nuevo álito recreador sopló en las estructuras y tipos constructivos ciñéndose a los elementos funcionales, para dar con las soluciones prácticas que la mano de obra concurrente pudo elevar en cualquier sitio con las mismas piedras rústicas arrancadas del suelo. Su auténtica simplicidad y austeridad no permitió divagar en otras formas decorativas, fuera de las que emergían de la misma razón de ser de la estructura, resueltas en paredes cerradas por bóvedas, en la que las huellas de los constructores lombardos quedaron patentes en el juego de las arcuaciones ciegas separadas por lesenas.

Entretanto, en los otros condados, en los que la población de asentamiento antiguo hizo perdurables sus viejos edificios, no hubo necesidad de renovarlos hasta que llegó la plenitud de la eficacia de la reforma gregoriana hacia fines de siglo. Pero con ello se incorporaban ya al movimiento cultural europeo en el que la gradación de los valores artísticos llamaba el auxilio del cincel en la piedra labrada y el campo se abría a los artistas trashumantes que resolvían las decoraciones pictóricas y ponían en activo movimiento las canteras de los escultores rosellonenses.

El período inicial había resuelto el más atrevido sistema de bóvedas en la iglesia monástica de San Pedro de Casserres, había concretado tipos definitivos de estructuras y dejaba enhiestos los monumentales mojonos de las torres campanarias en Cuixá, Ripoll y en la catedral de Vich.

A la sombra de ellos las escuelas de copistas de manuscritos habían amontonado un acervo inapreciable de manuscritos en cuyos fóleos miniados fermentaba la levadura de un arte pictórico que inundó los revestimientos de los muros y de

los altares, con un temario abundante propicio a las artes plásticas, cuando el cincel osó afrontar el modelado de los pórticos y los capiteles de los claustros.

La aportación de nuestras comarcas en el conjunto pirenaico hacia la afirmación del arte románico es, pues, de una importancia fundamental. Tanto más notoria si cabe a causa del número extraordinario de monumentos conservados, no solo en iglesias con sus pórticos y claustros, sino en decoraciones murales y en maravillosos antependios de altar que son el honor de nuestros mejores museos.

Ellos van a constituir el mayor centro de estudio en el ambiente de la Exposición Internacional del Arte Románico que, promovida por el Consejo de Europa a través de la UNESCO, queda abierta durante este verano en Barcelona y al mismo tiempo en Santiago de Compostela donde, por otra parte, se pondrá en valor la importancia artística de las viejas rutas de los peregrinajes en la gran influencia ejercida por el Cluny desde últimos de la oncenena centuria.

E. JUNYENT, PBRO.

